

A veces prosa

Algo más sobre José Gaos

Adolfo Castañón

I. Cada libro tiene una historia. La de esta recopilación de los escritos del filósofo y escritor Emilio Uranga se remonta a años atrás y se debe a la amistad, consejo e inspiración de varias personas. La primera es Alejandro Rossi, compañero del autor de *Astucias literarias* en el Seminario de Historia de la Filosofía Moderna de José Gaos, junto con Luis Villoro y Ricardo Guerra. La segunda es Guillermo Hurtado, el filósofo y amigo, discípulo de Alejandro Rossi, a quien invité a preparar una nueva edición del *Análisis del ser del mexicano* para la colección Las Semanas del Jardín, editada por el sello de Bonilla y Artigas (México 2013), que se acompañó con diversos escritos complementarios, algunos de los cuales, “Filósofos y profesores de filosofía”, “Dos existencialismos”, “Desilusión y cinismo” y “Por una filosofía circunstancial y concreta”, se reproducen en *Algo más sobre José Gaos*. La tercera es Fausto Vega (1922-2015), escritor y miembro del grupo Hiperión y durante muchos años secretario de El Colegio Nacional. Vega me habló no poco de su amigo y de aquella facultad de Mascarones en la cual la inteligencia fulgurante del crítico se destacaba: “La obra de Emilio Uranga, ¿De quién es la filosofía?, responde a su discrepancia con el doctor José Gaos. Este identifica la vida y la obra, y Emilio Uranga cree que esta identidad no existe”, dijo Fausto al saludar el libro citado, en 1991.¹

Me puse a leer desde hace años, gracias a Fausto, las obras del inquietante filósofo mexicano al que su amigo Luis Villoro

calificó como *primum inter pares* o hermano mayor, en “Emilio Uranga: la accidentalidad como fundamento de la cultura mexicana”.² Gracias a este último y a su hijo, Juan, llegaron a mis manos para ser transcritas las 55 cartas, todavía inéditas, de Emilio Uranga a Luis Villoro. Entre estas estaba el original inédito de una de las cartas de Uranga a José Gaos y algunos comentarios sueltos alojados en otras cartas de Uranga a Villoro. En total se recogen en *Algo más sobre José Gaos* cinco cartas de Uranga al español: tres enviadas desde Alemania, una de ellas inédita, y dos desde México. Uranga no desdeñaba escribir cartas, como recordó Alejandro Rossi:

A él le gustaban mucho estos géneros dieciochescos, un poco ficticios: se escribía cartas a sí mismo; nos escribía cartas cuando vivíamos a dos cuadras; escribía cartas a un amigo en Francia, cuando estaba al otro lado del pasillo; en fin, a él le gustaban todas esas cosas, estos géneros literarios que él se inventaba. Por eso, creo que un tomo de cartas en verdad sería interesante.³

Gracias también a Fausto Vega y a su editor José María Espinasa, leí *El péndulo y el pozo*, medular breviario de Juan José Reyes sobre Emilio Uranga y Jorge Portilla. Descubrí con asombro que la obra de Emilio Uranga se distribuía en una red de lectores y amigos. Al despliegue de circunstancias que imprimen a este proyecto un

sello peculiar, debe añadirse la buena disposición de Cecilia Uranga. Ella tuvo la generosidad de aceptarlo, como antes tuvo la de entregar los papeles heredados de su padre al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, donde se encuentran en el Fondo Eduardo García Maynez. En el verano de 2012, cuando nos encontrábamos trabajando con Guillermo Hurtado en la reedición de *Análisis del ser del mexicano y otros escritos sobre la filosofía de lo mexicano (1949-1952)*, Cecilia Uranga me llevó a la oficina las cajas con el archivo de su padre para que de ahí fuesen depositados en el archivo del Instituto de Investigaciones Filosóficas —que en ese momento estaba cerrado por vacaciones—. Las cajas contenían, además de fotografías y recortes de publicaciones, una serie de más de una docena de cuadernos en que se alojaba el *Diario* de Emilio Uranga. Con su escritura regular y casi siempre legible Uranga da cuenta ahí de muchas de sus experiencias vitales e intelectuales en México y Alemania, registra conversaciones y pensamientos como si Uranga fuese el Boswell o el Eckerman de sí mismo. No sólo eso. En esos diarios están alojados los ejercicios de lógica formal que Uranga se trajo de regreso de su viaje a Alemania donde sustituyó a Martín Heidegger por Ludwig Wittgenstein. Sus cuadernos demuestran que Uranga fue sin duda un pionero introductor de la lógica formal y de Ludwig Wittgenstein no sólo en México sino en el mundo de habla hispana. Tuve la fortuna de convivir con esos papeles durante varias semanas en las oficinas de Cerro del Agua de la Editorial Siglo XXI, gracias a la hospitalidad del doctor Jaime Labastida.

¹ *El instante de Emilio Uranga*, edición de Jorge Olmos Fuentes, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1991, pp. 14-15.

² Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano*, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1990, Serie Obras de Emilio Uranga, p. 9.

³ Alejandro Rossi, “Emilio Uranga: un demonio no convencional” en *El instante de Emilio Uranga*, op. cit., p. 38.

II. Para Emilio Uranga, la admirada figura de José Gaos formó parte de un animado paisaje intelectual, de un vivaz momento formativo del cual fueron agentes los escritores e intelectuales de la emigración republicana. Escuchemos a Uranga en la transcripción de Ricardo Garibay: “nos hicimos con ellos, ellos nos hicieron. Aquí andábamos rascándoles las costillas al siglo XIX, y ellos traían consigo la Europa vigente, a Alemania, sobre todo. Venían al día. El francés era bueno para espulgar exquisiteces; el inglés no existía; el alemán era la lengua de la reflexión. Con la ventaja de la lejanía, pudimos contemplar, con los maestros españoles, a Occidente en su piel y en su entraña. Evidentemente, nos enderezaron hacia la cultura occidental [...] llegaron pisando fuerte, hablando fuerte, eran dueños del espíritu, de la lengua, eran el espíritu, no lo contemplaban como cosa ajena, extranjera, no hablaban de oídas, y se entregaron a formarnos con generosidad sin tacha”.⁴

La alta estima de Uranga por su maestro José Gaos se encuentra diseminada en sus escritos privados y públicos, más allá de los que escribió explícitamente sobre el español. Siguen algunos ejemplos entresacados al azar de textos y cartas, algunas de ellas inéditas, como las mencionadas a Villoro (los numeramos):

1. “Como estudiante, recuerdo haber oído a mi maestro, el Dr. José Gaos, la interpretación de la ‘gran filosofía’ alemana, la que va de Kant a Hegel, como una gigantesca empresa, la última, de salvación del cristianismo”.⁵

2. “El único fruto que saco de estas lecciones de universidad es hacer mi oído al alemán porque en cuanto enseñanza no se acercan a la maestría de Gaos ni montados como están en zancos”, le escribe Uranga a su amigo Luis Villoro desde Friburgo el 20 de enero de 1954 (carta inédita).

3. “Gaos era de la opinión de que una nota bibliográfica debía versar, como la re-

seña de una conferencia, más sobre la forma que sobre el contenido. Por forma entiendo aquí algo más amplio que lo meramente estilístico o si quieres entiendo el estilo general, el sabor que en total deja la lectura del libro en cuestión o el haber oído la conferencia” (E. Uranga a Luis Villoro, 2 de octubre de 1956, inédito).

4. “Con esta investigación me propongo ilustrar el tema, tan conocido entre nosotros, de la crisis de la filosofía. Se tratará de un ensayo cuyo héroe principal, aunque oculto, se llamará el Dr. José Gaos, pues creo que podré abonar buenas razones para considerar que integra con el vienes [Ludwig Wittgenstein] una estirpe. Mi ensayo será el álbum, por decirlo así, de esta familia en que la filosofía se ha convertido en una verdadera *maladie jusqu’à la mort*”.⁶

5. “Mi vida filosófica ha sido en buena medida un diálogo con el Dr. José Gaos”, en el diálogo número 38 de “Semanas de espejo” en *Astucias literarias*, incluido en este volumen.

6. “José Gaos volvía al mismo libro año tras año, no porque en su totalidad lo comprendiera sino porque los detalles en que se detenía le impedían ver el conjunto, y como que detenía en la contemplación de un árbol y luego de otro, porque no comprendía el bosque. Uno de sus discípulos me comentaba que decía: ‘Como en este curso algunos asisten por primera vez, voy a comenzar desde el principio el comentario del libro’. Y claro, pasaban los años y no pasaba de los primeros párrafos del volumen. Vicio de lectura. Invertía los términos: en vez de comenzar con el sistema, empezaba con el delecteo de los pasajes iniciales. Total que siempre se quedó en tales párrafos”.⁷

7. “Gaos me decía que yo me gozaba escribiendo, mientras que le crucificaba cada que tenía que redactar una cuartilla”.⁸

8. “[...] algo que mi maestro José Gaos llamó la ‘hagiopatía’, individual y colectiva de la España de Gracián. Dicho en términos más rancheros, la lambisconería de-

dicada sin cansancio a todas las figuras de la Pasión y de la Iglesia”.⁹

III. ¿Quién es? ¿Quién era Emilio Uranga?

“Por esos años pontificaba Uranga en Mascarones —refiere Oswaldo Díaz Ruanova—, en un incierto sótano que sostenía el considerable peso de las aulas filosóficas y literarias. En ese café maldito y sagrado vi al joven maestro por primera vez. Era de regular estatura, más bien frágil. Y más que sus anteojos investigadores, me sorprendió la ambigüedad de su sonrisa. Uranga mostró a Portilla unos aforismos donde se hacía lenguas sobre la finura de los indios. Su sonrisa podía ser de sorna, de malicia, de curiosidad, de escepticismo o de zorruno disimulo. Llevaba uno de esos trajes grises de anchos hombros, a la moda de entonces, que adelgazaban mucho el semblante de los jóvenes. Tenía la traza de un muchacho travieso y hablaba aprisa y con una entonación de familia o de barrio. Atropellaba un poco las vocales con ríspida voz que le remedaban, a las mil maravillas, los novelistas Avilés Parra y Ricardo Garibay. Mientras aguardaba el comentario de Portilla, seguía sonriendo como un retrato de Voltaire. Sus manos nerviosas acudían al cigarro y corregían el nudo de su corbata o la posición de sus lentes de intelectual. Intempestivamente, me miró con una de sus miradas examinadoras y me preguntó, con autoritaria voz de sinodal, por qué la ‘línea criolla’ domina desde hace siglos la vida mexicana. La división de nuestro pueblo en españoles, criollos, mestizos, indígenas, mulatos y castas, tenía mucha importancia para él. Debió contentarle mi discreta respuesta porque me otorgó título de interlocutor, más que de oyente. Y por si esto fuera poco, en un alarde de mundano dandismo, me recomendó como lectura inmediata el *Diario de un seductor*, de Sören Kierkegaard:

—A las ideas, como a las mujeres, sólo las fecunda la frecuentación —agregó con tono doctoral”.¹⁰

⁴ *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, edición de Clara E. Lida, José Antonio Matesanz, Josefina Zoraida Vázquez, El Colegio de México, México, 2000, p. 112.

⁵ Emilio Uranga, “Una nueva aproximación a Heine” en *Ensayos*, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1991, Serie Obras de Emilio Uranga, p. 143.

⁶ Emilio Uranga, *ibid.*, pp. 157-158.

⁷ Emilio Uranga, *Astucias literarias*, México, Gobierno del Estado de Guanajuato, serie *Obras de Emilio Uranga*, 1990, pp. 81-82.

⁸ Emilio Uranga, *Ibid.*, p. 101.

⁹ Emilio Uranga, *Ibid.*, pp. 101, 116.

¹⁰ Oswaldo Díaz Ruanova, *Los existencialistas mexicanos*, Editorial de Rafael Giménez Siles, México, 1982, pp. 182-183.

La anécdota la transcribe Oswaldo Díaz Ruanova en su libro *Los existencialistas mexicanos* y quien proporciona de paso una imagen y otros dichos del filósofo que —lo dice él y le gustaba a Uranga que lo dijeran— se parecía a Jorge Cuesta: “Figura breve de ademán pulido, Uranga se parecía al poeta Jorge Cuesta, con diferencia de estaturas físicas. Le halagó la observación y me tomó por confidente de sus hallazgos, y por calles apartadas, aunque vecinas de la avenida Hidalgo, me fue explicando la génesis del volumen que pensaba publicar”.¹¹

¿Quién era Emilio Uranga? Otra imagen complementaria del filósofo-escritor, la da el poeta-filósofo Eduardo Lizalde: “Muy larga e irregular a ratos, conflictiva e otros, fue siempre mi relación y finalmente mi cordial amistad con Emilio Uranga, a quien tuve siempre la admiración a la que obligaban su inteligencia y belicoso estro polémico, tanto como su ingenio corrosivo”.¹²

Otro testigo privilegiado de la relación Uranga-Gaos es José de la Colina: “Uranga era, a través de su maestro José Gaos, buen seguidor de Ortega y Gasset y quería poner a la filosofía no sólo en los salones, como hicieron los libertinos y los enciclopedistas franceses, sino además y sobre todo, en la calle, en los periódicos, en los cafés, así que en este libro adopta la forma de la entrevista, se desdobra en Emilio preguntón y Emilio respondón, se mira en las aguas del abismo en que se enamora de sí mismo, se aplaude de ocurrencias deslumbrantes, termina siempre dándose la razón, se pide más, se triplica en Uranga, Urangasset y Urangaos...”.¹³

¹¹ Oswaldo Díaz Ruanova, “El ser del mexicano”, *op. cit.*, pp. 181-185. Gracias al escritor Oswaldo Díaz Ruanova en su libro, se puede conocer algo de la imagen que dejaba Uranga en sus contemporáneos: “De Emilio Uranga aparece un primer retrato en *El tiempo muerto en el tiempo*”,¹⁰ la novela de Sergio Avilés Parra (Editorial Latina, México, 1950, 189 pp.).

¹² Eduardo Lizalde, “Memoria de Emilio Uranga”, *Tablero de divagaciones I*, FCE, México, 1999, pp. 262-263.

¹³ José de la Colina, “El Semanario Cultural” de *Novedades*, 23 de septiembre de 1990, citado en *El instante de Emilio Uranga*, *op. cit.*, p. 68.

iv. Emilio Uranga —uno de los hombres más inteligentes que se han dado en México, según Gaos— tiene un aire de familia disidente con Jorge Portilla, Jorge Cuesta y Salvador Novo. Es un “raro”, una inteligencia indómita e inclasificable. En el paisaje hispanoamericano se le podrían encontrar afinidades con el argentino Héctor A. Murena, y antes quizá con el cubano Julián del Casal. Pero en realidad Uranga no parece del siglo xx, más bien cabría situarlo en el siglo xviii francés entre Voltaire, Restif de la Bretonne y Antoine de Rivarol por su agudeza pendenciera y su gusto por la discusión, su libido polémica. O en el universo de habla inglesa entre William Blake y Louis H. Mencken; o entre Karl Kraus y Giacomo Leopardi: siempre en el ámbito de las figuras extremas, y de los polos radicales. De los hombres al límite o en el límite. Filósofo y crítico literario, ajedrecista en el tablero de las ideas.

v. Emilio Uranga¹⁴ tuvo una relación intensa, apasionada y conflictiva, crítica con su maestro, tutor intelectual e ilustre amigo: José Gaos, que se traduce y documenta en los más de 20 escritos que dedicó a su maestro en el curso de treinta años.¹⁵ De ellos solamente recogió dos en *¿De quién es la filosofía?*: “José Gaos: personalidad y confesión” y “Gaos y la muerte”.

Ambos tuvieron, como se sabe, presencia y actividad en El Colegio de México.¹⁶ *Algo más sobre José Gaos* incluye textos de distinta extensión y género escritos entre 1949 y 1983, dedicados todos a José Gaos o a Martin Heidegger, figura indisoluble de este autor que tanto estudió y tradujo. Uranga era crítico; su voz llegó a tocar la sensibilidad del maestro hasta el punto de que este escribiera unas páginas de réplica a las observaciones críticas y cuestionamientos hechos por su discípulo en 1962. Se recoge al final de este volumen

¹⁴ El padre de Emilio Uranga, Emilio Donato Uranga (1883?-1946?) fue un conocido músico y compositor mexicano autor de *Allá en el rancho grande*, *La negra noche* y *Lindo Michoacán*. Suele ocupar más espacio en las enciclopedias y diccionarios que su hijo filósofo.

¹⁵ La procedencia de los textos se incluye como nota al pie al inicio de cada uno de ellos.

¹⁶ Véase *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, 2000.

ese texto publicado en las *Obras completas* de Gaos. La edición no sólo consta de ensayos, cartas y artículos; se enriquece con una carta inédita que Emilio Uranga envió a su maestro desde Alemania el 30 de abril de 1955 y que fue encontrada en el epistolario, también inédito, que Emilio Uranga sostuvo con Luis Villoro y que pude conocer gracias a la generosidad y amistosa disposición de su hijo, mi querido amigo Juan Villoro Ruiz. El volumen capta los artículos escritos por Uranga sobre Gaos y Heidegger en los años cincuenta, además de la carta de Uranga a Gaos y su “Trabajo sobre la vocación filosófica” escrito en el marco del Seminario de Filosofía Moderna dirigido por José Gaos, recogido por Aurelia Valero en *Filosofía y vocación*, el libro plural de J. Gaos, E. Uranga, L. Villoro, A. Rossi y R. Guerra. Se ha optado por armar esta lección en orden cronológico y cerrarla con las mencionadas páginas escritas por Gaos sobre los comentarios de Uranga en 1962.

vi. Estos han sido algunos de los impulsos para animarme a armar esta antología y para proponer su edición a El Colegio de México, a través de su presidente el doctor Javier Garciadiego, a cuya amistad y benevolencia tanto debo. Garciadiego acogió con simpatía la idea de hacer este volumen en memoria tanto del eminente maestro y filósofo español trasterrado en México como de su talentoso discípulo. El conjunto viene a llenar un hueco en el tablero de la historia de las ideas en México y de la discusión en torno al lugar de la filosofía y del filósofo en México.

Finalmente agradezco Ángel Aurelio Amozorrutia, de la biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, y a Enrique Fuentes Castilla de La Antigua Librería Madero, a Cristina Villa Gawrys, mi asistente, que hizo las no siempre fáciles transcripciones, y a mi sobrino Diego Bañuelos Castañón por las traducciones del alemán en la carta inédita del 30 de abril de 1955, desde Colonia, de Uranga a Gaos. **U**

Este texto forma parte de la presentación al libro *Algo más sobre José Gaos*, que publicará El Colegio de México.